

*SUR Y LAS REVISTAS URUGUAYAS*  
(LA CONEXIÓN BORGES, 1945-1965)

POR

PABLO ROCCA  
*Universidad de la República*

I

La fluidez de las relaciones literarias entre las dos orillas del Plata o, mejor, entre las dos capitales rioplatenses, desde la formación misma de los Estados no se detuvo. Buenos Aires, es cierto, con una industria cultural poderosa –expansiva y centrípeta a la vez–, hacia comienzos del siglo xx pesó con firmeza sobre su vecina Montevideo. El diálogo, que igual existió pese a las asimetrías, se fortaleció en los años veinte. Por entonces, una hermandad poética tramó proyectos vanguardistas comunes, en particular alrededor de la estética ultraísta que, en 1921, Jorge Luis Borges importó a Buenos Aires, cuando ya en Montevideo Ildelfonso Pereda Valdés daba a conocer algunos confusos principios del ultra en su revista *Los Nuevos* (1920, 4 números).

Las publicaciones culturales argentinas de 1920-1930, que se dedicaron con un tono más fuerte a lo canónicamente admitido como “literatura” (*Proa*, *Martín Fierro*, *Síntesis*), ostentan numerosas colaboraciones de uruguayos.<sup>1</sup> En sus homólogas montevidéanas (sobre todo en *La Cruz del Sur*) Borges comparece junto con otros del grupo martinfierrista, como Oliverio Girondo o, incluso, Carlos Mastronardi y Victoria Ocampo. Pero, por cierto, los textos y las palabras de Borges pronunciadas en charlas y banquetes gravitaron en la orilla oriental del Plata mucho más que las de cualquier otro argentino.<sup>2</sup> Borges pasó a ser, desde ese momento, el enlace con la nueva literatura uruguaya, primero que nada, quizá, porque a él correspondió escribir el epílogo para la *Antología de la moderna poesía uruguaya*, compilada por Pereda Valdés (Buenos Aires: El Ateneo, 1927). No interesó tanto como poeta sino como un crítico literario dueño de una cultura ecuménica y una prosa desacartonada. Con todo, su obra se examinó poco, los volúmenes *Evaristo Carriego* (1930), *Discusión* (1932), *Historia universal de la infamia* (1935) e *Historia de la eternidad* (1936), fueron pasados por alto en Uruguay, mientras que sobre los iniciales libros de poemas hay dos reseñas (una del enigmático A.M.C. en *La Cruz del Sur*, otra de Santiago Vitoreira en *Alfar* más próximas a la rutinaria notificación de una novedad

---

<sup>1</sup> Ildelfonso Pereda Valdés, Nicolás Fusco Sansone, Pedro Leandro Ipuche, Fernán Silva Valdés, etc.

<sup>2</sup> Es un hecho notable, también, que la aparente contrafigura de Borges, Roberto Arlt, fue absolutamente ignorado por las revistas literarias uruguayas de la época y aun por muchos años más. Véase, al respecto, Rocca, Pablo. “Roberto Arlt en Montevideo: Itinerario de un ausente”.

bibliográfica que al acto empático, al debate que valida o legitima y, en suma, “digiere” al interlocutor en los procesos internos de una literatura nacional de fronteras bastante borrosas.

La situación de contacto intelectual cambia radicalmente unos años después. Pensando en estos términos de diálogo, hacia el interior del campo literario uruguayo, hay cuatro episodios (locales y exteriores) que articulan ese viraje: *Primero*, la presencia de una nueva generación de escritores que operaron en el semanario *Marcha* (fundado en 1939) y en revistas literarias que ellos mismos crearon. *Segundo*, la creciente difusión de *Sur*, que si bien había sido fundada mucho atrás (1931), de su incidencia en Uruguay no existen señas ostensibles hasta mediados de los cuarentas cuando la revista dirigida por Victoria Ocampo pasa a ser un factor inevitable para la literatura y la crítica que se hace en este país. *Tercero*, la publicación de *El jardín de los senderos que se bifurcan* (1942), con la consiguiente afirmación de la imagen del narrador de historias fantásticas, una línea poco o nada transitada en Uruguay. *Cuarto*, una aplaudida visita de Borges a Montevideo en 1945, en los albores del peronismo y en medio del renacimiento de la democracia liberal uruguaya, oportunidad en que Borges dictó una charla sobre literatura gauchesca, que *Marcha* dio a conocer en tres entregas.<sup>3</sup>

Los intelectuales que irrumpen en la década del cuarenta, más que sus predecesores, pertenecían en bloque a la ilustrada clase media uruguaya. Ya se hayan inclinado —o no— a favor de las líneas estéticas de *Sur* o de Borges (su escritor ejemplar), está claro que no los animó una práctica de elitismo liberal y oligárquico ni una interpretación maniquea de la historia, como las que exhibió Victoria Ocampo en su revista, conducta que la vincula en un proceso de continuidad irrestricto con las generaciones argentinas de 1837 y 1880. Si acaso, entre los uruguayos ese elitismo se cumple de otra forma. Hasta mediados de los cincuenta todos están al margen de los debates históricos y políticos, viviendo casi exclusivamente en una “República de las letras”, con una defensa de los quehaceres de la alta cultura para su difusión entre las capas medias democratizadas por la educación, las que prosperaban al amparo de una sociedad de bajas tensiones aunque no muy penetradas por el pensamiento contemporáneo o por la literatura. Por más que el público al que llegaron estas revistas literarias (a excepción parcial de *Marcha*), en lo inmediato fue limitado, sin su esfuerzo no se podría haber producido el posterior y explosivo crecimiento del territorio de la lectura y de la amplia participación en el mercado de los bienes culturales. Tal situación es claramente distinta a la de la otra orilla, donde las altas tensiones han regido no sólo los comportamientos sociales. Según el balance de Jaime Rest, en la Argentina de mediados del siglo xx se marcó de modo tajante la distancia entre lo “culto” y lo “popular”, y en esa disyuntiva *Sur* pudo ser apreciada como la quintaesencia del refinamiento para minorías. Teniendo en cuenta que “entre Sur y el nivel cultural medio de la Argentina hubo un enorme vacío; ello no fue deficiencia de la revista sino de cuantos tenían en sus manos la responsabilidad directa de nuestra educación; ese vacío no

---

<sup>3</sup> “La literatura gauchesca (aspectos)”. *Marcha* 306 (2 nov. 1945): 14-15. [Conferencia de Arte y Cultura Popular, 29 de octubre de 1945]. [1ª parte, con foto de JLB adjunta]. “La literatura gauchesca (aspectos)”. *Marcha* 307 (9 nov. 1945): 14. [2ª parte]. “La literatura gauchesca (aspectos)”. *Marcha* 308 (16 nov. 1945): 14. [3ª parte y final]. [Recogido en folleto por Ediciones Número, 1950].

es síntoma de que Sur no haya cumplido su misión sino de que no la cumplió la política negligente y demagógica que ni siquiera fue capaz de otorgar un lugar significativo y digno a las manifestaciones culturales de origen popular". (VII)

*Sur* y Borges son dos factores ineludibles para la "generación del 45" uruguayo. Algunos los estiman como ejemplos a venerar o a seguir, otros los expulsan de sus preferencias. Alcanza con verificar, en principio, que entre 1945 y 1961 se publican inéditos borgianos en *Marcha*, *Número* (1ª época, 1949-1955, 27 entregas; 2ª época, 1962-1964, 4 entregas) *Escritura* (1947-1950, 10 entregas) y las dos épocas de *Entregas de La Licorne* (París, 1947-49, 3 números; Montevideo, 1953-1961, 11 números). Por su lado, *Asir* (1948-1959, 39 números) otra revista clave del período, desconoce a Borges y a todo el grupo *Sur*, ni siquiera menciona a la revista, sus libros, sus autores, asumiendo la defensa de la estética posgauchesca. *Clinamen* (1947-1948, 5 números), en la que colaboraban, entre otros, tres de los hacedores de *Número*, no llegó a publicar a Borges pero sí incluyó un artículo elogioso sobre dos libros escritos en colaboración con Bioy Casares (Rodríguez Monegal, "Dos cuentistas argentinos 9). Son esos los tiempos del "reinado de Sur en el campo literario argentino [que] se extiende, en rigor, hasta bien entrados los años '50" (Gramuglio 250). Como se tratará de probar, ese reinado colonizó el otro lado del Río de la Plata y tuvo, pronto, sus enemigos y su mayor punto de articulación en la literatura de Borges, el "escritor faro".

## II

Ninguna muestra más clara del deslumbramiento por Borges y por *Sur* que la de Rodríguez Monegal. En 1945 conoció personalmente a su "guía" en la disertación sobre la gauchesca: "Muy respetuosamente, me acerqué a Borges después de la conferencia y le pedí autorización para transcribir el texto completo de la charla en una edición inmediata de *Marcha* [...] me dio el original del texto y me autorizó a transcribirlo en *Marcha*" (*Una biografía literaria* 347). Pocos años después Borges se encontraría en reuniones con él y los demás integrantes de *Número*: Manuel A. Claps, Idea Vilaríño, Mario Benedetti y Sarandy Cabrera. La página literaria de *Marcha*, con algunas intermitencias, dirigida por Rodríguez Monegal entre 1945 y 1958, así como *Número*, se ubican en el primer plano de la discusión, sobre todo de la promoción y la defensa de Borges y de los autores predilectos de *Sur* (Rocca). Pero no todos o no tan monolíticamente. La mayoría de los directores de *Número* se negaron a publicar "La fiesta del monstruo", de Borges y Bioy Casares, por considerarlo sin un nivel de calidad suficiente (Rocca 17). Ni Vilaríño ni Claps ni Sarandy Cabrera reseñan o se pronuncian sobre la literatura de Borges, tampoco ésta parece haber marcado sus opciones críticas o filosóficas de manera ostensible. Si es que esto último es posible. El primer Benedetti, en cambio, cita respetuosamente notas y comentarios de Borges en sus ensayos de *Peripeccia y novela* (1949), lo cual quiere decir que tanto para él como para otros la obra del argentino representaba, en primera instancia, la sorprendente renovación a fondo de la lengua, la depuración del castellano ampuloso, la ironía como método y eficazísima coartada de estilo, una nueva manera de entender el ejercicio crítico, la posibilidad de un creador de ficciones transhistóricas. Sólo en la década del sesenta, cuando Borges se aleja de la marea socialista que empujaba desde Cuba, cuando Benedetti,

Vilaríño y tantos otros se sumerjan en ella, el escritor argentino pasará a integrar el círculo de los traidores, por sus actitudes políticas y también por una obra que se entendía esclerosada, coherente, en suma, con su conservadurismo.

En Emir Rodríguez Monegal coincide el hecho de ser el más influyente de todos los críticos del período con el más prolífico lector de Borges y uno de sus más empecinados estudiosos. Redactó una abrumadora cantidad de ensayos y reseñas, publicó y reprodujo textos borgianos donde tuvo poder y, por si fuera poco, al final de su vida reconoció que había descubierto a Borges siendo niño, leyendo *El Hogar*, que llegaba a su casa para consumo de las señoras de la familia. Insiste en el “acontecimiento” en sus memorias (*Las formas de la memoria*), y lo admite en varias entrevistas: “ese encuentro me transformó la vida. Me llevó a leer a un nivel muy alto, a una sofisticación crítica que yo desconocía. [...] Me dio una gran sensación de libertad, de que la literatura era una pasión muy personal, un juego, una alegría, una epifanía, como ningún otro autor me había dado” (Caparrós 29).<sup>4</sup> Con tan adicta labor fortaleció la conexión Borges que se insinuaba desde los veinte. De 1944 es su primera nota borgiana (“Jorge Luis Borges, poeta”), y a lo largo de años escogió nuevos y viejos textos de su maestro de algunos libros para volverlos a divulgar en *Marcha*. Tomó tantos otros de *La Nación*, *Los Anales de Buenos Aires*, *Latitud* y, en especial, de *Sur*.<sup>5</sup>

En el campo intelectual uruguayo de las décadas del cuarenta y el cincuenta se produce, como un poco antes en Buenos Aires, la modernización y el recambio de los referentes y las fuentes literarias, con las lecturas de libros en inglés y francés que circulaban con bastante proximidad a su fecha de aparición, y con la consulta, la traducción y la reproducción subsiguiente de artículos de *La Nouvelle Revue Française*, de *Les Temps Modernes*, de *Horizon*, de *Cuadernos Americanos* y, sobre todo, de las traducciones y comentarios de escritores anglosajones y franceses efectuadas por *Sur*. Tanto en *Marcha* como en *Número* –más que en otras páginas de la época– la política de recensión de novedades del mundo metropolitano y la traducción, se asume como estrategia renovadora de los viejos paradigmas, al tiempo que se revisa –con similares parámetros de lectura sobre las letras del mundo central– la producción del pasado propio. Muchas piezas narrativas, ensayísticas o poéticas son trasladadas por los uruguayos del “45”,<sup>6</sup> pero

<sup>4</sup> Testimonios semejantes pueden encontrarse en otras entrevistas: Bella Josef, Gastão de Hollanda, Luís Costa Lima, Klauss Müller-Bergh, Sebastião Uchoa Leite, Silviano Santiago, “Emir Rodríguez Monegal”. *Revista José* 10, Rio de Janeiro (julho 1978): 14:23; Cotelo, Ruben, “Emir Rodríguez Monegal: el olvido es una forma de la memoria”. *Jaque* 99, Montevideo (7 nov. 1985): 35-37; Cobo Borda, Juan Gustavo. “Diálogo de ultratumba con Emir Rodríguez Monegal”. *Revista Universidad de Antioquía*, Antioquía, Vol. LVI (julio-setiembre 1988): 71-82.

<sup>5</sup> Los textos tomados de *Sur* y republicados por Rodríguez Monegal en *Marcha* son: “Nuestras limitaciones” (artículo) 357 (1946). [Reproducido de *Sur*, 4]; “La ruinas circulares” (cuento) 381 (30 mayo 1947): 15. [Se anuncia que ha sido publicado en volumen y, antes, en la revista *Sur*, 1940]; “Los laberintos policiales y Chesterton” (artículo) 484 (1 julio 1949). [Reproducido de *Sur*, 10]; “Palabras para Macedonio Fernández”, 624 (30 mayo 1952). [Reproducido de *Sur* 209-210].

<sup>6</sup> Rodríguez Monegal traslada textos de André Gide, George Orwell, William Faulkner, Ernest Hemingway, entre tantos más; Benedetti hace lo mismo con las parábolas de Kafka, en la revista

muchas otras son tomados de versiones ya publicadas por *Sur*.<sup>7</sup> Lo anglosajón penetró la cultura rioplatense, primero por el esfuerzo de las editoriales españolas como Cenit y Espasa Calpe, luego por el impulso de *Sur*, en la revista y en su sello editorial que publicó libros de Virginia Woolf, D.H. Lawrence, Aldous Huxley, James Joyce. “La norteamericanización (más que la anglificación) de la cultura hispanoamericana [...] fue un hecho. [...] a partir de 1939 [...] No desapareció [...] el vínculo profundo que nos une a España y Francia. Pero cada nuevo día, el papel que asumían Inglaterra y los Estados Unidos en nuestra mitología era más decisivo” (*Veinte años* 148). En ese plan, *Sur* fue el principal cuaderno de lecturas, el contacto privilegiado con el mundo de las letras, el persistente surtidor de los textos de Borges y de otros escritores vinculados a la revista, a los que *Número* abrió sus páginas: Bioy Casares, Ernesto Sábato, Juan Rodolfo Wilcock, Enrique Anderson Imbert, José Bianco.<sup>8</sup> *Sur* aportó casi todas las escasísimas colaboraciones americanas de la primera época de *Número* y dio hospitalidad a cuatro artículos de Rodríguez Monegal,<sup>9</sup> y sólo a uno de su rival Ángel Rama, aunque éste fue una revisión del aporte de *Marcha* a la cultura (“La cultura uruguaya en *Marcha*”).

A propósito de la política de la revista de Ocampo y de su tarea de traductora en particular, Beatriz Sarlo señaló: “Quien monta y maneja la máquina de traducir nunca está en condiciones de percibir lo extranjero como amenaza a la identidad. [...] Pero el concepto mismo de literatura europea sería imposible sin la traducción o quedaría limitado al círculo estrecho de una elite políglota” (*La máquina cultural* 186). Visto de este modo, podría pensarse que leyendo (y traduciendo) la literatura de la nueva vanguardia metropolitana, ciertos escritores de estas orillas –y también el público que se iba ganando progresivamente– pudieron redescubrir la literatura americana y contribuyeron a la formación de un programa de literatura nacional, la del pasado “útil” y la que ellos mismos estaban edificando. Acevedo Díaz, Herrera y Reissig o Rodó, para tomar tres casos muy abordados por los críticos uruguayos de entonces, no podían ser leídos sino a la luz del cotejo y la confrontación con los modelos europeos, en el vasto territorio de la literatura del mundo. Es posible, como también piensa Sarlo, que *Sur* haya percibido en los primeros años que

---

*Marginalia* y en *Marcha*; Idea Vilariño traduce a Raymond Queneau (hasta donde sabemos, las primeras traducciones al castellano), a Simone de Beauvoir, y –junto a Rodríguez Monegal– la pieza *Murder in the Cathedral*, de T.S. Eliot, de quien Carlos Ramela y Carlos Real de Azúa dan a conocer en nuestra lengua algunos poemas.

<sup>7</sup> Una mínima muestra de textos de *Sur* republicados en *Marcha*: “Setiembre ardido”, de William Faulkner, *Marcha* 296 (24 ago 1945), tomado del N° 59 de *Sur*; “Fragmentos de Kafka”, traducidos por Eduardo Mallea, *Marcha* 300 (21 junio 1945), tomado del N° 18 de *Sur*; “Epistolario de Ricardo Güiraldes con Victoria Ocampo y Valery Larbaud”, *Marcha* 383 (3 junio 1947), tomado de los N°s. 1 y 2 de *Sur*.

<sup>8</sup> El fichaje electrónico de las colecciones de *Número*, *Entregas de La Licorne*, *Asir*, *Escritura y Clinamen* se encuentra en el Programa de Documentación en Literaturas Uruguayas y Latinoamericana, de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República), del que soy Responsable. Este trabajo se efectuó dentro de mi proyecto de investigación sobre “Revistas literarias rioplatenses, 1945-1973”, con un equipo de colaboradores, al que en la actualidad integran Alejandro Gortázar, Nicolás Gropp y Luis Volonté.

<sup>9</sup> Véase *Índice. Sur, 1931-1966*. *Sur*, 303- 304- 305, Buenos Aires, (noviembre 1966-abril 1967).

la cultura argentina necesitaba de la “actividad de importación” para cerrar los huecos “producidos por la distancia, por la juventud sin tradiciones del país, por la ausencia de linajes y maestros” (“La perspectiva americana” 262). Y que, en consecuencia, esa práctica fecundara lo producido en el país. En el período 1945-1955, en un Montevideo bien nutrido por la industria cultural argentina, los críticos literarios de *Marcha* y de *Número* recuperan traducciones o ellos mismos las hacen con la finalidad de sacudir el ambiente provinciano, sustituir falsos ídolos, tratar de poner a tono las letras vernáculos con las de cualquier parte, reivindicar el placer de consumir textos óptimos antes que admitir piadosamente cualquier imposición autóctona por el simple hecho de hablar de la nación o de los hipotéticos sujetos que la constituyen. Nadie mejor que Borges para encarnar el modelo de intelectual americano-universal y para dinamitar el nacionalismo literario, estrechamente aliado a la ideología del realismo y de la cultura del medio rural, tan difundida en Uruguay pese a que –a diferencia de Argentina– tuviera tan endeble bases teóricas que la sustentaran.

Esa lectura dominante se hizo más allá de la geografía y de la historia; más acá de la “calidad literaria” –como propone Martínez Moreno– que de las presiones de una estética de la minoría “explotadora y ganadera” (163). Este último planteo, que involucra las complejas relaciones entre política y literatura, decisivo no sólo en relación con Borges sino también con *Sur*, aparece en el texto de Martínez Moreno en una referencia en clave a Jorge Abelardo Ramos, a quien llama “R”. Este explica en las tertulias montevidéanas la férrea lógica que ata la ideología oligárquica argentina al tipo de producción literaria borgesiana (y previsiblemente “surista”) “no concediendo ninguna actualidad a mi pujo débil y timorato de que reparara en el prodigio idiomático del escritor” (163). La lectura del intelectual y político trostkiperonista Ramos, expuesta en varios artículos –como “El europeo Borges y su condenación de las turbas” (*Crisis y resurrección* 57)–, influyó fuertemente en uruguayos como Real de Azúa, César Blás González (seud. de Mario César Fernández) y Alberto Methol Ferré, vinculados al revisionismo histórico argentino y convencidos de la necesidad de buscar soluciones culturales, también, al resquebrajamiento del Uruguay liberal cuya ruina se avizoraba hacia 1955.

Del otro lado del río por esa fecha la situación era distinta: se salía del peronismo, al que *Sur* en pleno había repudiado, pero una nueva generación disconforme con el inestable y no menos ilegítimo estado de cosas, emanado del golpe del 55, replanteaba con vigor los problemas del arte y la sociedad. Son los jóvenes a los que Rodríguez Monegal llamó los “parricidas” en una serie de notas de *Marcha* que alcanzó enorme repercusión en Argentina (*El juicio de los parricidas*). En verdad la cuestión nacional incidió en todos los espectros de la vida cultural argentina. Hasta el joven “surista” H.A. Murena en *El pecado original de América* (1953), un libro muy leído en Montevideo, llegó a ver en Mallea y Borges a dos grandes intelectuales que no pueden asumir su destino sudamericano, ni siquiera pueden asir “el mundo inmediato” (203). Pero fue en *Contorno* (1953-1959, 10 números) donde la nueva promoción puso en el banquillo de los acusados a la generación “martinfierrista”, a *Sur*, a Borges, a Mallea, a Ocampo; paralelamente se reivindicó a Leopoldo Marechal y Arlt; se condenó el ensayismo metafísico y la literatura de

“evasión”;<sup>10</sup> se reasumió el viejo desafío de hacer una literatura propiamente argentina, ahora vinculada con rigor a una ideología revolucionaria y ante la certeza de la destrucción del orden burgués. De ahí que en *Contorno* se relevara críticamente la obra de Martínez Estrada y, en los hechos –más que en los exámenes detallados–, se erigiera “una poética anti-Sur que permite el asesinato de uno de los padres de esta generación, Eduardo Mallea, y el desplazamiento hacia una zona de oscura indiferencia de la figura de Jorge Luis Borges” (Magnone y Warley, 454).

La réplica al socavamiento de las bases de *Sur* no nació, y quizá no podía nacer, en Buenos Aires, sino en Montevideo. En la orilla occidental del Plata, *Sur* ocupaba todo el espacio cosmopolita, obturaba otra propuesta del mismo tenor y con su ritmo mensual de publicación monopolizaba las contribuciones de sus grandes figuras. En la orilla oriental se la leía sin tantos condicionamientos y sin otras alternativas similares. Aquí, con las notas que luego integró en *El juicio de los parricidas*, Rodríguez Monegal consiguió hacer del problema un diálogo rioplatense que fecundó las relaciones (y los enconos) entre una y otra orilla.<sup>11</sup> Ocurrió así algo en apariencia paradójico. *Contorno* se había pronunciado contra Perón y contra la clase dominante que era antiperonista porque, antes que nada, era enemiga de la clase obrera, de la vulgaridad y de las conquistas sociales. Para encontrar el equilibrio entre la condena al populismo burgués y autoritario, al imperialismo norteamericano y el sistema soviético, a la par que la reivindicación de un socialismo tercerista y democrático radical, los redactores de esta publicación tenían que cruzar a Montevideo. Sólo en la sección política de *Marcha* podía encontrarse esa forma de la izquierda, no sometida al brutal tironeo que se había instalado en la sociedad argentina entre la gestión del gobierno “justicialista”, su desalojo y las opciones de una clase obrera a la que estos intelectuales de la pequeña burguesía porteña querían plegarse y dirigir.

Sin embargo –y he ahí otro de los términos de la aparente paradoja– nada de esto podrían ubicar en la sección literaria del semanario uruguayo, que estaba al margen de todo debate político y de la sola consideración de problemas de esta índole, que promovía la autonomía del discurso literario, el cándido establecimiento de límites entre los saberes humanísticos y el rechazo de toda interpretación que osara acreditarse más allá de lo textual, que defendía, en suma, las líneas básicas de *Sur*: “El análisis y la demolición de la obra de Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges, que realiza la nueva generación argentina [...] presuponen algo más que el mero ejercicio de la crítica literaria. Y en realidad, quienes la practican suelen ser más creadores que críticos, estar más interesados por disciplinas como la sociología y la filosofía que por la estilística o la

<sup>10</sup> “Esto son los cuentos de Borges, jeux de l’esprit, ejercitaciones del intelecto y la imaginación, combustión aristocrática de ocio”, dirá Adolfo Prieto en un libro fundamental de esta reacción nueva (*Borges y la nueva generación* 76).

<sup>11</sup> En 1956 César Fernández Moreno le escribió a Enrique Amorim: “Estuvo por aquí el gran Emir; copiosa racha de conferencias, banquetes y reuniones. Es el escritor uruguayo del momento: lo respetan los viejos y los jóvenes; su serie sobre los parricidas me asombró por su información y penetración; ahora me asombra que haya sido aquí apreciada: saldrá editada por Deucalión” (Carta de César Fernández Moreno a Enrique Amorim, datada en [Buenos Aires] el 15 de agosto de [195]6. Colección Enrique Amorim, Archivo Literario, Biblioteca Nacional, Montevideo, Carpeta 3, doc. 704).

historia literaria” (Rodríguez Monegal *El juicio* 83). Es cierto, también, que la postura de Rodríguez Monegal no dejaba de seguir la honda tradición montevideana abierta a lo europeo, donde era casi nula la atención de los sistemas educativos a la cultura producida en el país (diferencia firme con Argentina), donde era –y todavía es– muy difícil estudiar la literatura propia fuera de los paradigmas porteños y de la “vocación” europea. En todo caso, Carlos Quijano y los redactores políticos del semanario estaban contra la corriente general del país, reclamando con más fuerza que la de Rodó en el novecientos un destino latinoamericano, una independencia económica y una participación en la cultura americana y sin fronteras. Eso era lo que quería *Contorno*, eso era lo que Monegal veía como dos campos incomunicados, pese a que estuvieran separados por unas pocas páginas en el mismo periódico en el que escribía.

Por todo esto, en realidad, en el Montevideo de los cincuenta –tan cómodamente apoltronado en la democracia liberal y en una prosperidad que pasaría como una ilusión–, no podía ocurrir nada parecido a la tarea y los dichos de *Contorno*. Aunque como se verá, Ángel Rama pronto va a expresar reproches semejantes o convergentes. Pero hay una lectura radical, una lectura muy próxima a la de Masotta en su artículo sobre las actitudes “suristas” ante el peronismo (“*Sur* y el anti-peronismo colonialista”), que circula en las notas polémicas firmadas por Pablo Doudchitzky, quien reacciona desde *Gaceta de Cultura* ante la publicación de “La fiesta del monstruo”. Desde sus simultáneos antiperonismo y antiliberalismo oligárquico, este crítico desconocido –originario de Argentina y radicado en Montevideo– afirma que el texto publicado en *Marcha* manifiesta “la visión que tienen [del pueblo] las clases conservadoras y que es producto de una intelectualidad aislada del mundo de los hombres, que no mira hacia adelante, que no cree en las fuerzas creadoras del pueblo” (18).<sup>12</sup> Rodríguez Monegal trata de ridiculizar esta lectura emanada de un tabloide vinculado al Partido Comunista Uruguayo, afirmando la legitimidad del escarnio de la chusma movida por la voluntad de un tirano (“Diálogo de sordos”).

Hubo, sí, otras reacciones contra Borges (y contra la revista de Victoria Ocampo) en algunos sectores preocupados por la crisis uruguaya y –como se dijo–, vinculados estrechamente al revisionismo argentino, o entre quienes no admitían su interpretación de la literatura rioplatense, o entre quienes desechaban sus producciones por el desapego de la realidad. Para la literatura que se hizo en Uruguay, promediando el siglo xx, Borges y varios de los escritores del grupo *Sur*, lo que representaban su obra y su conducta ideológica (o lo que se creía que sintetizaba), se había convertido en un verdadero cruce de caminos en tanto intertexto polémico y fertilizador. Si antes había sido complicado establecer el deslinde, hacia 1955, obra, persona y declaraciones públicas fue una tríada

<sup>12</sup> Con alguna pequeña imprecisión de su memoria, Mauricio Müller indicó: “[...] una vez yo leí un cuento de Borges en una rueda del Tupí. Era el año 54, con Perón en la Argentina, y estábamos en una mesa de Candéu y yo con Orestes Caviglia y Juan José Castro [...] Yo tenía encima los originales de un cuento que, un par de años antes, Borges, que no podía publicar, me había confiado. Ya medio tarde, extraje de entre mis ropas, como dice la crónica policial, ese cuento de Borges y lo leí en el Tupí. Al año siguiente, cuando cayó Perón, Emir publicó el cuento en *Marcha* y, en un acápite, recordó esa velada en el Tupí”. (Alfaro, Milita, “Últimas tardes con Mauricio” (entrevista). *Brecha* 118 (12 feb. 1988): 25).

difícil de separar. Cuatro fueron las posiciones básicas que tomó la crítica que, recuérdese, la hacían escritores o periodistas culturales activísimos quienes, a su vez, solían dictar clases de literatura en la enseñanza media.

*Uno.* Las ficciones de Borges son una prodigiosa invención, en particular en el terreno de la literatura fantástica; una revolución para la lengua castellana más cerca o más lejos del tema elegido, sea o no latinoamericano; la posibilidad de saltar los géneros tradicionales y aun de fundir literatura y metafísica. En esta línea el principal defensor fue, como se dijo, Rodríguez Monegal,<sup>13</sup> pero habría que agregar en la lista a Carlos Ramela y Einar Barford. Las argumentaciones de Monegal en una polémica radiofónica sostenida con Rama y Real de Azúa acerca del compromiso y la evasión en Borges y Neruda, dan cuenta suficiente de esa línea (Rama et al., “Evasión y arraigo”). Un resumen atractivo de esta posición corresponde a Carlos Ramela en su refutación a un artículo de Sábato, aparecido en *Sur*:

“En primer lugar, padecen de miopía intelectual quienes afirman que Borges es un escritor sin temas. Esta afirmación no pretende ser agresiva, pero no puedo olvidar mi asombro, cuando, a través de una mesa del Tupí viejo [café de Montevideo], Guillermo de Torre me comunicó esa convicción. Afirmando que una visión del mundo, total, cerrada, dramática, se encuentra ínsita en la obra de Borges. [...] esa visión es de índole metafísica, o ideológica y que le corresponde a Borges, precisamente, como lo ha dicho Bioy Casares [...] haber descubierto las posibilidades literarias de la metafísica [...] Borges es un fenómeno insólito en la literatura hispanoamericana; aparte su actitud intelectual, su postura filosófica y estética, Borges es una conciencia literaria única en las letras rioplatenses, un símbolo, una época” (18-21).

*Dos.* Como en otra escala había ocurrido en toda América Latina hacia mediados del siglo XIX ante la obra de Domingo F. Sarmiento, o en el novecientos ante la de Rubén Darío y contemporáneamente sucedía con Alfonso Reyes y Neruda, algunos estimaron en la literatura de Borges sus asombrosas posibilidades de integración, y aun de hibridación, de las culturas hegemónicas con las autóctonas, como una invención que supera lo meramente nacional. Otros manejaron la perspectiva inversa. Bajo estas premisas, como en Argentina, también en el estable Uruguay del medio siglo prosperó la apoteosis y el combate de Borges en forma bastante pareja a la de Argentina. De ese crudo debate dan suficiente testimonio la polémica entre Rodríguez Monegal y Doudchitzky o el mencionado diálogo entre el primero con Ángel Rama y Real de Azúa.

*Tres.* Reconociéndole jerarquía verbal, el arte de Borges y el de otros “suristas” (Bioy, Bianco, Silvina Ocampo) no llega a asir cabalmente la naturaleza humana y, por otra parte, responde a ciertos esquemas, a ciertas iteraciones que atentan contra el principio de novedad y de inventiva en el arte. Además, su literatura es proclive a transformarse en fácil objeto de culto, a generar epígonos, quienes a contrapelo cimentan un rígido “sistema”, desgajado de los asuntos americanos. En esa postura, la poesía de Borges y los ensayos de tema americano (sobre todo los que dedica a la gauchesca) son los más atacados, pero también los cuentos fantásticos. Ángel Rama lidera esta hipótesis pero, aun en modalidades y registros diferentes, lo acompaña Carlos Maggi quien en el N° 1 de *Escritura* divide entre

<sup>13</sup> Cf. “Jorge Luis Borges y la literatura fantástica” y “Borges: teoría y práctica”.

“lúcidos” y “entrañavivistas”. Los primeros, los de la sección literaria de *Marcha* en manos de Rodríguez Monegal (los que pronto harán *Número*), según Maggi tienen una fuerte “influencia que ha ejercido la nueva literatura norteamericana, en la cual la técnica ocupa un lugar preferente, y en la renovación más cercana que llega de la Argentina, donde un grupo de escritores –tal vez se les pueda ubicar nombrando al tan llevado y traído Jorge Luis Borges– adopta una posición fundamentalmente literaria con respecto a la literatura” (“Nueva literatura uruguaya” 32). Los otros, siempre de acuerdo a esta dicotomía bastante juguetona, “sienten” la literatura, la “viven”, es decir nada tienen que ver con la frialdad “sureña”.

Los más jóvenes Mario César Fernández, Ruben Cotelo y Juan Fló acompañan, con salvedades, diferencias y choques internos, la postura que más extensamente definiera y defendiera con tanto ahínco Ángel Rama: “Claro que hubo un borgismo superficial, enojoso, el de los anglicismos del estilo y las afectaciones gramaticales, que es fácilmente repudiable por todos; claro que hubo, en contraste, una actitud crítica vigilante, una originalidad descubridora de nuevos textos y territorios en Borges, que enriqueció el ámbito americano. Pero fue su desarraigo esencial, su literatura de juego, su frigididad creadora y la eterna marginalia de un talento que se refugiaba en lo fantástico sin querer admitir los presupuestos mismos de su arte, lo que rechazábamos” (“Evasión y arraigo” 18-b).

*Cuatro.* La posición de Carlos Real de Azúa. Matizada, interpenetrada con las anteriores y provista de categorías históricas ajenas en los análisis precedentes. En lugar de ocuparse mayoritariamente u obsesivamente de Borges, a quien no deja de recordar en varios artículos aislados, Real de Azúa prefiere la obra de otro “surista”, Eduardo Mallea, más interesante por sus vínculos con la historia argentina, el friso de una sociedad tan cambiante en el siglo xx y, a la vez, sujeta a los problemas de la existencia. Borges, en cambio, le parece que “podría ser un escritor radicado, argentino, sudamericano [...] pero es indudable que en Borges la elaboración estética, el lúdico regodeo de estos motivos domina sobre su valor de signos de una realidad, de señas de un país que se examina y se despliega. [...] En la literatura de Borges domina la creación de un lenguaje, un mundo especialísimo, el ingenio, la metafísica. En la labor de Mallea preside la tentativa de un esclarecimiento de la existencia, pero de una existencia radicata” (117).

Habría que considerar una *quinta* perspectiva. A diferencia de la interpretación de Real de Azúa, Borges llegó a ser elegido por Juan Fló como paradigma de la atonía cultural montevideana, refiriéndose a las hegemónicas prácticas críticas de *Marcha* y, también, a la nueva “generación de cronistas, de espectadores avezados”, quienes leían el periódico en prosecución de la verdad cultural revelada. Unos y otros, en la interpretación de ese joven veinteañero, no eran capaces de generar un proyecto propio sino que debían acudir incesantemente al ejemplo borgiano para mimetizarse con él. La falta de un “caudillo cultural” nativo reforzaba, en opinión de Fló, la pobreza del medio montevideano. No advirtió que entonces Juan Carlos Onetti, aunque viviendo en Buenos Aires, también empezaba a emerger como un modelo (también muy promovido por *Marcha*, *Número* e incluso *Entregas de la Licorne*); un modelo más nihilista y más comprometido con la existencia que el del solipsista Borges. Los jóvenes de 1950, piensa Fló, se han encontrado en Borges al “enemigo de toda cursilería, enunciador de aparentes arideces abstractas [...]

Borges es, pues, el único ejemplo admirable de nuestro inconsciente solipsismo, de allí que sus caracteres más pegadizos como alguna forma del estilo o su perenne crueldad intelectual se hayan adherido fuertemente a nosotros y se hayan transformado en nuestras formas batallonas de satisfacción. Por otra parte, nuestra literatura no se ha arriesgado por ese camino difícil y que exige por lo menos inteligencia sino que su ayuno de realidad se refleja en su origen estrictamente literario” (152-54).

### III

En 1959, el arribo de Ángel Rama a “Literarias” del semanario dirigido por Quijano, marca la fractura de la conexión Borges en las letras rioplatenses y el divorcio con la poética y la política de *Sur*. En ese período se combate al escritor argentino por sus ideas reaccionarias, hasta por algún acto de “macarthysmo” que, en 1961, bloquea una conferencia del propio Rama en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires por creer –erróneamente, claro– que era comunista (Rama, “Borges y la política” 14). No queda ni la sombra de la anterior y continua exaltación borgesiana. La tesis que le es adversa se sintetiza en lecturas iracundas, más acorde con las exigencias del calendario de socialismo revolucionario y nacionalista. Un solo ejemplo: hay un violento artículo de Arturo Jaureche sobre “Historia del guerrero y de la cautiva”, en el que explica que Borges es antiperonista por “*cipayo*”, antinacional y antipopular.<sup>14</sup>

El Borges poeta clásico de los sesenta, el cultor del soneto y el verso prolijamente medido, no podía ser reivindicado por quienes veían de cerca el nacimiento de una nueva literatura latinoamericana, más próxima a los fenómenos sociales, pero también más cercana a otras formas de la vanguardia. El modelo *Sur*, la ética política y la estética borgiana, poco antes convalecientes, habían entrado en irremediable crisis. La constante preocupación de la revista por ocupar “un lugar en la corriente central de la literatura contemporánea”, su búsqueda de una posición “a la vez, innovadora y tradicional” (King, *Sur* 173), no podía concitar interés para quienes querían reflexionar sobre las perentorias y profundas vicisitudes económicas y sociales, sobre las relaciones entre literatura y política, sobre las responsabilidades del intelectual *engagé*, según el modelo sartreano tan en boga. Sintomáticamente, cuando *Marcha* celebra su cuarto de siglo salen dos generosos suplementos extraordinarios, aparecidos el 25 de julio y el 1º de agosto de 1964, en los que hay colaboraciones inéditas de *cuarenta y cinco* escritores latinoamericanos no uruguayos: desde Octavio Paz hasta José María Arguedas, desde Gonzalo Rojas a Josefina Plá. Para festejar el cumpleaños, dice Rama, la elección de textos de literatura latinoamericana no se ha hecho “por exclusivas razones estéticas [...] sino por razones morales, sociales, metafísicas, por razones de entendimiento de nosotros mismos, de quiénes somos dónde estamos –y qué necesitamos” (“Literatura vigente en Hispano-américa” 2). Por supuesto, Borges y cualquier miembro activo de *Sur* están ausentes de la antología contemporánea.

<sup>14</sup> “Borges es así, prolijamente erudito, se supone que para lucimiento de sus personajes; además le es útil para su moraleja, que es justificar al que se da vuelta de su nación para pasarse a la otra, explicándolo por la cultura” (“Moraleja de Borges” 30).

Entre la general discordia y el silencio resonante, se insiste en los sesenta en la idea de un Borges agotado, que se repite, que vuelve sobre los mismos temas con idénticas técnicas y dispositivos retóricos. Lo mismo, o peor, se opina de *Sur*, una revista que si pudo ser leída con interés, aun por los menos proclives a ella, ya para 1965 sólo era atendida por un grupito. Eso se opina una y otra vez en *Marcha* y también en el diario *El País*, donde no dejan de aflorar algunas inclementes marginalias de Ruben Cotelo, como en una reseña del N° 268 de *Sur*, al festejarse su trigésimo aniversario: “La sección poética se inicia con un ejercicio de Borges, cada vez más flojo y automático en su poesía”, una automatización flagelatoria que también percibe en la revista que lo acoge: “Los tiempos han cambiado y *Sur* no, pese a las variaciones de formato y las nuevas adquisiciones para el elenco de redacción” (12).

La distancia con el apogeo crítico de que Borges y su grupo argentino gozó entre 1945 y 1956 es enorme. Sólo Rodríguez Monegal continuó fiel en sus artículos publicados en *El País* (1959-1965) y en la revista *Reporter* (1961-1962). Borges, por cierto, era indisoluble de la publicación periódica de Victoria Ocampo y cuando se cumplió el trigésimo cumpleaños de la revista, un mes antes del artículo de Cotelo, no vaciló en postular que la “obra de *Sur* había sido, en más de un sentido, precursora. Pero esa es sólo una cara de su actividad. Porque aunque muchos no lo vieron entonces y aún se niegan a verlo, *Sur* también se constituyó en tribuna de la nueva literatura argentina [y] el maestro de todos era Borges” (“Los treinta años de *Sur*” 12). Era la suya una voz demasiado solitaria, el clamor final de una época que estaba llamada a desaparecer, a transformarse en memoria, en objeto de estudio.

#### BIBLIOGRAFÍA

- A.M.C. (Abreviatura o seudónimo sin identificar). “*Luna de enfrente*, Jorge Luis Borges”. *La Cruz del Sur* 19-20 (Montevideo, febrero 1926).
- Benedetti, Mario. *Peripécia y novela*. Montevideo: Prometeo, 1949.
- Barford, Einar. “Postulación de Jorge Luis Borges”. *Marcha* 867 (21 junio 1957): 21. [Reseña de *Discusión*, Buenos Aires, Emecé, 1957, 2ª ed. corregida y aumentada].
- Borges, Jorge Luis. *Borges en Sur, 1931-1980*. Buenos Aires: Emecé, 1999.
- \_\_\_\_\_. *Ficciones*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.
- \_\_\_\_\_. *Evaristo Carriego*. Buenos Aires: M.Gleizer, 1930.
- Caparrós, Martín. “Hace diez años: Con Rodríguez Monegal” (entrevista). *Relaciones* 130 (marzo 1995): 29.
- Cotelo, Ruben. “La edad de la razón”. *El País* (Montevideo, 27-02-1961): 11.
- Doudchitzky, Pablo. “Una monstruosa deformación y una calificación equivocada”. *Gaceta de Cultura* 3 (Montevideo, octubre de 1955): 18.
- \_\_\_\_\_. “Respuesta a E.R.M.”. *Gaceta de Cultura* 4/5, Montevideo (nov.-dic. 1955): 18.
- Firpo, Arturo R. “Proyección de la revista *Contorno* en la cultura argentina”. *Le discours culturel dans les revues latino-américaines de 1940 à 1970. América, Cahiers du CRICCAL* 9-10 (Toulouse 1992): 411-419.
- Fló, Juan. “Problemas de la juventud en nuestro país”, en Autores varios. *Problemas de la juventud uruguaya*. Montevideo: Ed. de *Marcha*, 1954. 143-156. Introducción de

- Carlos Real de Azúa. [Un fragmento se había adelantado en *Marcha* 661 (6 mar 1953): 15].
- González, César Blás (seudónimo de Mario César Fernández). “Borges y el *Martín Fierro*”. *Nexo*1 (Montevideo, abril-mayo 1955): 56-62.
- Gramuglio, María Teresa. “Hacia una antología de *Sur*. Materiales para el debate”. *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas*. Saúl Sosnowski, ed. Buenos Aires: Alianza, 1999. 249-60.
- Jaureche, Arturo. “Moraleja de Borges, su ‘guerrero’ y su ‘cautiva’”. *Marcha* 1259 (18-06-1965): 30-31 .
- King, John. *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*. [1986]. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Maggi, Carlos. “Nueva Literatura Uruguaya”. *Escritura*1 (Montevideo, oct. 1947): 32.
- Magnone, Carlos y Jorge A. Warley. *La modernización de la crítica. La revista Contorno*. Buenos Aires: CEDAL, 1981 (*La historia de la literatura argentina* 122: 433- 456).
- Martínez Moreno, Carlos. “Notas al pie”. *Número* 13-14 (Montevideo, marzo-junio 1951): 156-164 [Recogido en *Literatura uruguaya. Tomo I*. Montevideo: Cámara de Senadores, 1994: 44-45]
- Masotta, Óscar. “*Sur* y el anti-peronismo colonialista”. *Contorno* 7-8 (Buenos Aires, julio 1956): s/p.
- Murena, H.A. *El pecado original de América*. [1953]. Buenos Aires: Sudamericana, 1965.
- Pereda Valdés, Idelfonso (Comp.). *Antología de la moderna poesía uruguaya, 1900-1927*. Buenos Aires: El Ateneo, 1927.
- Prieto, Adolfo. *Borges y la nueva generación*. Buenos Aires: Letras Universitarias, 1954.
- Rama, Ángel. “La cultura uruguaya en *Marcha*”. *Sur* 293 (Buenos Aires, 1965): 92-101.
- \_\_\_\_\_. “Literatura vigente en Hispano-américa”. *Marcha* 1210 (Segunda Sección, Montevideo, 21-08-1964): 2.
- \_\_\_\_\_. “Borges y la política”. *El Universal*, Caracas, (25 junio 1978): 14.
- Rama, Ángel, Carlos Real de Azúa y Emir Rodríguez Monegal. “Evasión y arraigo en Borges y Neruda”. *Revista Nacional* IV/202 (Montevideo, octubre-diciembre 1959): 514-530. [Diálogo radiofónico emitido en 1957. Publicado luego en separata y recogido en *AntiBorges*. Buenos Aires: Vergara, 1999. Martín Lafforgue (comp.)]
- Ramela, Carlos. “Escritura y enigmas de Jorge Luis Borges”. *Marcha* 532 (Segunda Sección, Montevideo, 23-06-1950): 18-21.
- Ramos, Jorge Abelardo. *Crisis y resurrección de la literatura argentina*. [1954]. Buenos Aires: Coyoacán, 1961.
- Real de Azúa, Carlos. “Una carrera literaria”. *Entregas de la Licorne* 5-6 (Montevideo, setiembre 1955): 107-134. [Recogido en *Escritos*, Carlos Real de Azúa. Montevideo: Arca, 1987: 95-144. Selección y prólogo de Tulio Halperín Donghi].
- Rest, Jaime. “Una misión lúcida y generosa”. *La Opinión Cultural* (4 marzo 1979): VI-VII.
- Rocca, Pablo. *35 años en Marcha (Crítica y literatura en “Marcha” y en el Uruguay)*. Montevideo: División Cultura de la I.M.M., 1992.

- \_\_\_\_\_. “Roberto Arlt en Montevideo: Itinerario de un ausente”. *El País Cultural* 365 (Montevideo, 1-11-1996): 10-11.
- \_\_\_\_\_. “Con Idea Vilariño, Manuel Claps y Mario Benedetti: De revistas literarias y otros quehaceres” (entrevista colectiva). *Brecha* 459 (Montevideo, 24-01-1997): 16-17.
- Rodríguez Monegal, Emir. “Jorge Luis Borges, poeta” [Reseña de *Poemas, 1923-1943*. Buenos Aires, Losada, 1944]. *Marcha* 227 (Montevideo, 31-03-1944): 15.
- \_\_\_\_\_. “Dos cuentistas argentinos. H. Bustos Domecq: *Dos fantasías memorables*, 1946.// B. Suárez Lynch: *Un modelo para la muerte*. Prólogo de H. Bustos Domecq, 1946”. *Clinamen* 3 (Montevideo, 30-08-1947): 9.
- \_\_\_\_\_. “Jorge Luis Borges y la literatura fantástica”. *Número* 5 (Montevideo, nov.-dic. 1949): 448-455.
- \_\_\_\_\_. “Macedonio Fernández, Borges y el ultraísmo”. *Número* 19 (Montevideo, abril-junio 1952): 171-183.
- \_\_\_\_\_. “Literatura y demagogia”. *Marcha* 778 (Montevideo, 4-11-1955): 23 [Respuesta a Pablo Doudchitzky]
- \_\_\_\_\_. “Diálogo de sordos”. *Marcha* 795 (Montevideo, 23-12-1955): 23. [Respuesta a P.D.]
- \_\_\_\_\_. “Borges: teoría y práctica”. *Número* 27 (Montevideo, 12-1955): 124-157.
- \_\_\_\_\_. *El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros*. Buenos Aires: Deucalión, 1956. [Notas originalmente publicadas en *Marcha*, Montevideo: 468 (25-02-1949): 14 a 113; 796 (30-12-1955): 25-27; 797 (13-01-1956): 20-23; 799 (27-01-1956): 20-23; 801, (10-02-1956): 20-22]
- \_\_\_\_\_. “Veinte años de literatura nacional(1939-1959)”. *La obra crítica de Emir Rodríguez Monegal*. Homero Alsina Thevenet y Pablo Rocca, eds. Montevideo: Ed. de la Plaza, 1994: 145-153. [1959]
- \_\_\_\_\_. “Los treinta años de *Sur*”. *El País*, Montevideo (3-01-1961): 12.
- \_\_\_\_\_. *Borges, una biografía literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987. (Traducción de Homero Alsina Thevenet) [1978].
- \_\_\_\_\_. *Las formas de la memoria. I. Los Magos*. México: Vuelta, 1989.
- Sarlo, Beatriz. “La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*”. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, Buenos Aires: Ariel, 1997. 61-268.
- \_\_\_\_\_. *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires: Ariel, 1998. 93-194.
- Vitureira, Cipriano Santiago. “Cuaderno *San Martín*. Jorge Luis Borges”. *Alfar* 67 (Montevideo, 07-1930): s/p.
- Williman, José Claudio. “Nueva reflexión coreana”. *Número* 13-14 (Montevideo, 03/06-1951): 196-203